

ODA A COLON.



Musas que holláis del Helicón las cumbres,
De la remota edad inspiradoras,
Que encendéis vuestras lumbres
En arruinado altar: en las auroras
Del gran siglo cristiano, no á la mente
Habláis. El númen nuevo
Inspirador de la cristiana gente
Doquier impera ya. . . Numen divino
Dame favor para elevar un canto
Humilde, cual del ave humilde trino.
Plegaria como llanto
Brotá del pecho al evocar el nombre
Del héroe mártir que asombrando á España
Salió triunfante en la inmortal campaña
Del genio con la duda.
Su fama de los Alpes hasta el Ande
De polo, á polo aumenta.

Esas amargas quejas que aun los mares
Repiten zollazando,
Colón, son tus cantares,
Que en silencio siguiendo tu camino,
El ángel de la mar pasa cantando.
Colón, genio divino,
En la vasta región del oceano,
Apuraste la copa
Del gran dolor humano.
Cual mártir santo en ademán contrito
Buscaste tierra tras la mar salobre,
Para alzar leno de emoción cristiana
En la tierra salvaje,
La *Cruz* traída de la vieja Europa.
El rudo golpe que al varón atierra,
En la lucha porfiada,
Cuántas veces cayó sobre tu pecho
Con perfidia indecible;
La ingratitud perversa,
Cuántas veces tu vida bonancible
Envolvió con las sombras del despecho;
Pero tu corazón siempre invencible
Al torpe maldecir de la canalla,
Que en su impotencia estalla,
Luchaba con denuedo,
Cual *Ayax* formidable en las tinieblas.
Jamás tu mente declinó en la duda
Y en la batalla ruda,
Una dulce confianza
Abrazada á la fé del que no yerra
Iluminaba cual fulgente faro,
El término feliz de tu esperanza.
Y de tu gloria avaro
Nunca rendido á la constante guerra
Buscaste en lontananza
El claro cielo de una vírgen tierra.
¡ Oh ! genio del dolor, genio sublime,
Noble orgullo del suelo tiberiano,
Consuelo del que gime
En medio de la mar perdido á solas,
En nombre de Jesús, tu soberano,
En nombre de este mar y de este mundo
Que ser tuyo blasona,
Te bendigo Colón. . . . Dios te corona. . . . !
Avanzaste á la cumbre apetezible

De la inmortal grandeza,
Después de saborear, hora tras hora
Con áspera rudeza,
La hiel amarga de la suerte impía.
Víctima del dolor ¡ oh ! que agonía
Sintió tu corazón en Salamanca,
Al oír la sentencia
Del tribunal que con tenaz porfía
Negaba la existencia
De tu lejana tierra afortunada.
Quiméricas ficciones con voz grave,
Repetía la turba vocinglera,
Y gritaba altanera,
Con la obstinada fe del que no sabe;
Y tú lanzando la mirada al cielo
Y contemplando el suelo,
Clamabas tras de meditar profundo:
Yo solo veo ese ignorado mundo.
Pero Isabel tu genio adivinando
Te dijo con afán: Véle, extranjero,
Por esa mar no hollada,
Mis joyas tuyas son, tuya mi armada;
Al punto lanza ese bajel y rompe,
Esas vírgenes olas, la tormenta,
Capitán invencible desafia,
Y el piélago infinito
Mida tu vista ambrienta,
Busque lejos la tierra de los sueños,
Y sin hallar *reposo*
Cual náufrago perdido
Entre la mar y el Eter insondable,
¡ Ah! persigue incansable
La estrella de tu intento;
Guiado por la luz del pensamiento.
¡ Cuánta, cuánta amargura
Tu espíritu apuraba ¡ Oh! tú el mas fuerte
Entre los hijos de la noble Italia
El hombre, el Cielo, el mar en rebeldía,
Todo contra tu empeño
En obstinada lucha persistía.
Al fin las brumas del dolor insano,
Per diéronse un instante,
El paso vacilante
Del bajel castellano
Tomó fuerza y aliento,

Al verse en medio de frangantes flores
Y pájaros cantores
Que jugueteaban en la pobre barca.
San Salvador aspiración divina,
Imagen peregrina,
Angel de luz que disipaste al punto
La duda de la turba tripulante,
¡Ay! en recuerdo de su amor constante
Regó Colón con lágrimas tu playa.
Pero los desengaños
Corrían con los años:
El pérfido Pinzón ebrio de saña
Y de envidia traidora
Busca tan sólo para sí la fama;
Y pérfidas cadenas
Pesaron sobre el hombro fatigado
Del anciano inocente ¡ Hondo misterio
El rey de un hemisferio,
El gran profeta enviado de la altura,
El hombre de la luz en noche oscura
De ignominia y baldón llora su suerte
En la siniestra cárcel de Isabela !
Y luego de la cumbre de su gloria
Descendió cual cometa misterioso
Del dolor al abismo tenebroso,
El que las iras de la mar profunda
Supo domar, naufraga en las borrascas
Del infortunio al fin, pedazos hecho
El corazón á fuerza de martirio
Ya no palpita en el mortuorio lecho.
No importa, gran Colón, que un siglo ingrato
Henchido de falsa
Te insulte y mate con atroz porfía;
Tu soberano Dios, el gran monarca
De todo lo creado,
No tuvo dónde reclinar la frente,
Y cual tú, despreciado,
Fué su misión doliente,
Su vida sin ventura;
La áspera roca no le dió un asilo
Y el valle solitario
Tambièn nególe una caverna oscura,
Y al fin rey maldecido
Mojó en sangre la cumbre del Calvario.
Colón, siervo de Dios, genio grandioso,

Mendigo perseguido.
Atleta de la Cruz, con tu barquilla
Un mundo à tu Señor has conquistado,
¡ Oh ! genio poderoso
Que te adoptó Castilla,
Jamás vencido en la batalla ruda,
Los cielos y la tierra
Lanzen mi voz á una entusiasmados;
Y los poetas y el cantor divino
Desde la azul montaña
Rompan las arpas en glorioso trino;
Nosotros á la orilla del profundo
Mar, que los ojos de Balboa vieron
Te cantamos Colón, Honor del mundo !

Manuel Crespo T.